

HANAN AL-MUTAWA

CAPÍTULO 8

*Cuando las mujeres árabes musulmanas danzan:
un sistema de empoderamiento en el hogar, y el vocabulario
codificador para ocupar el espacio público*

RESUMEN

La danza para la mujer ha sido una significativa herramienta de encuentro entre pares; en algunas, no solo hace parte del estado natural de su ser, sino de una activa y constante relación con la cultura y la religión: adecuando la manera particular de vivir y construirse en sociedad, desarrollando un lenguaje propio de su sistema de comunicación. Es decir, que cuando el cuerpo de la mujer se concibe como eje de control y poder, un “objeto” de dominación e incluso de violencia, la danza puede convertirse en un vocabulario codificador y transformador de realidades, un instrumento crucial para entender los cambios que la permean en la familia y en su comunidad. La danza, sumada al canto y la música, logran convertirse en una importante manifestación de las dinámicas sociales, que obligan a indagar en la lógica del espacio que la mujer ocupa en la vida pública y privada, perspectivas en defensa de la libertad humana y que son objeto de investigación. Por eso, la composición que se logra entre una mujer árabe y su encuentro con la danza ha creado espacios de respuesta intercultural como referencia palpable del empoderamiento femenino, del encuentro de saberes que admite una mirada inquietante a las prácticas dentro de su papel en la sociedad musulmana. El presente es un análisis del lenguaje corporal dentro de un sistema patriarcal, y las manifestaciones de inconformidad dentro del hogar vividas por la mujer en el Medio Oriente y Norte de África, espacio que incluye al Mundo Árabe.

Palabras clave: danza, mujer, islam, tradición, empoderamiento femenino.

INTRODUCCIÓN

La presencia del islam en los diferentes países del mundo árabe ha sido matriz e incluso marco legal desde tiempos remotos para mantener dentro de las sociedades códigos de convivencia muy conservadores entre hombres y mujeres, afianzados en una identidad local cobijada por principios religiosos. Los modelos de comportamiento cotidiano están enmarcados por la realización de un ideal global: una sociedad musulmana armoniosa, bajo la visión coránica en la que se adoptan normas teorizadas. La familia se define por un sistema patriarcal: la autoridad del marido sobre la esposa, la del padre sobre la hija y la del hermano sobre la hermana. Conservar el honor es uno de los verdaderos nexos con la religión y la sociedad, significa la fuerza y el poderío material o moral, que implica valor, capacidad y voluntad (Rodinson, 2005). La conducta de la mujer se convierte, entonces, en punto clave para la distinción de una familia,

esto advierte una indumentaria respetuosa y un comportamiento en público prudente e incluso pasivo. El hombre debe defender la castidad y la libertad de sus mujeres y progenitores, es por eso que ellas se desempeñan principalmente en las labores dentro del hogar, lo que se denomina el espacio privado.

La desatención de la voz propia de las mujeres al antojo de las voluntades de algunos, y el elevado rango religioso en la ley de los Estados árabes, provocan un resultado desfavorable para su plena igualdad con el hombre. Es por eso que liberar a la mujer de tales signos identitarios y de la estigmatización de género es una constante tarea entre ellas. En un mundo privado para la mujer, el ámbito doméstico y las celebraciones festivas entre ellas son el punto de traslado en la forma de vivir. La algarabía y las risas conducen al cambio de conducta ante su realidad y prometen el primer camino en la búsqueda del empoderamiento:

Otro concepto relevante para el análisis de los itinerarios corporales es el empoderamiento. Entendido como un proceso por el cual las personas oprimidas ganan control sobre sus propias vidas tomando parte, con otras, en actividades transformadoras de la vida cotidiana y de las estructuras, aumentando así su capacidad de incidir en todo aquello que les afecta. (Esteban, 2004, p. 61)

La vida de las mujeres en los recintos, sus ocupaciones en casa, su tarea en la escuela, y el tiempo en medio de la compañía de otras mujeres, son desde tiempos antiguos los primeros espacios para reconocerse entre ellas. Luego de terminar las labores propias de su rol, apartadas de lo exterior, inician los encuentros de mujeres. En ellos el cuerpo se ha establecido como un sistema de poder tangible y la danza se ha convertido en un canal de diálogo. Por su parte, el hombre árabe musulmán, jefe de casa, encuentra una separación entre lo “mental” y lo “físico”, por lo cual, afirma la idea de que aquellas ejecuciones llevadas a cabo mediante el cuerpo (los oficios del hogar y la danza) son menos privilegiadas que aquellas ejecuciones llevadas a cabo con la mente (ocuparse de los negocios y del sustento económico familiar), debido a que estas últimas son de carácter reflexivo, y dotan de razón y poder a quien las cultiva (Rabago, 2011). Así es como los encuentros entre mujeres dentro del espacio privado no son algo que les signifique mucho a los hombres, por no privilegiar la “mente” y no atender a los aspectos fundamentales de la vida.

Como lo define Dallal (2013), el arte de la danza consiste en mover el cuerpo dominando y guardando una relación consciente con el espacio, e impregnando de significación el acto o la acción que los movimientos desatan,

lo que modifica el pensamiento humano y su comportamiento estructurado culturalmente. Se afirma, entonces, que la danza no es únicamente un número de movimientos propios del cuerpo, sino que proviene de la percepción del espacio donde se encuentran los danzantes, de sus mecanismos cognitivos, de los factores culturales como las creencias y rituales, y de los estados emocionales de cada individuo. Pero lo más significativo es que es un transformador fundamental en el cambio de conducta y patrones cotidianos, porque logra transmitirse de generación en generación, impacta en las culturas y accede, como lo dice Rabago (2011), a todo aquello que está anclado en las prácticas de cada individuo, en su historia de vida, y en sus experiencias como miembro de una sociedad. Por eso, comprender la transmisión de códigos sociales y culturales que se afloran dentro del mundo árabe advierte poner atención a una de las actividades más antiguas en el ser humano y menos común en la vida por fuera de casa de la mujer árabe musulmana, la danza.

Como se observa, esta nueva inclinación al cambio de pensamiento desde la interpretación de lo que son las mujeres por medio del movimiento del cuerpo requiere, en la medida de lo posible, audacia para lograr los fines necesarios que las empoderen dentro del espacio doméstico y las instauren en el espacio público de la sociedad. Para ellas, aprender nuevas formas de convivencia, dejando al lado aspectos rutinarios dentro del hogar como: ser una esposa que solo debe obedecer al marido, o contar con la aprobación del esposo, padre o hermano para poder desempeñar cualquier tipo de actividad son, sin duda, acciones que repercuten directamente en su autonomía y en su capacidad de actuar espontáneamente (Pérez, 2006).

El que las mujeres aprendan a comunicarse entre ellas por medio de una excusa como reunirse a bailar es un avance importante que se ha desarrollado dentro de las comunidades árabes. Estos encuentros, antes entendidos como un tabú social, son hoy espacios de comunicación que trascienden las fronteras de los temas de orden doméstico para dialogar y discutir los aspectos económicos, sociales o políticos de su entorno. Durante la elaboración de este estudio se podría decir que, pese a la jerarquía familiar y el patriarcado, se perciben cambios, principalmente en el estatus de la mujer desde el ámbito de lo privado, y la constante búsqueda de valoración, escucha y la exteriorización de su rol:

Con este nuevo enfoque sobre el rol femenino en la danza, la mujer volvería a quedar en medio de un renovado doble análisis: en contraposición a ser un objeto de una cultura atrasada y previa a la moderna Europa, era un sujeto de poder que utilizaba su cuerpo como medio de expresión y conexión con el pasado ideal,

del cual había sido desplazada por las religiones monoteístas que descreían de la diosa madre. (Raffo, 2015, p. 8)

Con la mirada hacia el género femenino desde su dinámica cotidiana, y a través de un ejercicio como la danza, es valioso poner interés en alcanzar la configuración social a la que se expone la mujer desde su realidad árabe-musulmana. Esto como resultado de un proceso colectivo en la construcción ciudadana y el rol de género, como también, la identificación política y cultural, la dominación del islam y las interpretaciones comunes en que están inmersas las mujeres.

El mundo musulmán es una realidad viva que, como tal, se mueve y avanza en el curso de la historia. Le afectan las fuerzas y tensiones que operan en su interior, que son de carácter, no solo religioso, sino también sociopolítico, económico y cultural. Por eso, la danza es para la mujer musulmana un aspecto simbólico que hace parte de su proceso dinámico de convivencia y relación especialmente con otros campos. Busca que su poder femenino haga comprender a las mujeres la capacidad de tomar decisiones, de tener autoridad, de solucionar los problemas y de desarrollar una cierta creatividad en el quehacer de la vida, incluso de lo doméstico. Su finalidad es, entonces, aportar dentro del espacio de empoderamiento, en el ámbito privado (hogar, familia, círculo social, entre otros), como en el público, para desarrollar la capacidad de elegir y vivir conforme al pensamiento individual.

El estudio presentado expone a la mujer árabe musulmana en relación con las posibilidades que tiene para actuar desde su individualidad y la forma de concebir el papel de su género. Es una oportunidad, como lo busca este libro, para contribuir a la construcción social y cultural de Medio Oriente y Norte de África, al abrir un debate a la retórica femenina dentro de una estructura social árabe musulmana, la relación de poder y la organización familiar. Una manera de consolidar el empoderamiento femenino que se ha de verbalizar en algunas tribus al norte de África, y en mujeres valientes que han alcanzado avances en la vida privada y pública de las sociedades más conservadoras.

El orden del escrito inicia con una indagación sobre la relación asimétrica que tiñe distintos ámbitos de la vida de los árabes musulmanes, principalmente aquello que se fundamenta en la doctrina del islam. El análisis se traslada a la esfera pública y privada de la mujer, en la cual la danza adquiere un significado concreto, la posibilidad de empoderamiento y diálogo entre ellas y hacia la sociedad. Por último, basados en la diversidad de población y las tradiciones que toman relevancia en los diferentes países árabes, se exploran dos casos concretos en las dinámicas sociales por las que transitan las mujeres

y, por consiguiente, los hombres. Cada caso contiene una mirada disímil de la realidad, lugares diferentes de relación y reacciones, como también efectos que producen revueltas entre los géneros.

EL ROL DE LA MUJER ÁRABE MUSULMANA

Un aspecto muy importante en las culturas del mundo árabe es el reparto del espacio en dos: uno interior animado y dirigido por y para la mujer, y otro exterior dominado por el hombre. Una división que se ve muy marcada en las acciones religiosas, cuando el islam deja la responsabilidad de la casa y la educación de los hijos a la mujer, mientras que el hombre musulmán es el responsable de garantizar las necesidades económicas de la familia. Ahora bien, que la filiación del hogar haya quedado definida desde tiempos remotos a través de los varones se debe a los factores sociales, económicos y políticos que los han influido y determinado, incluso en algunas zonas, desde antes del nacimiento del islam. Con la existencia de un texto como el Corán se estableció un estrecho vínculo entre religión, familia y comunidad que ha dado la oportunidad a los rigurosos del islam, en todas las épocas, de establecer fundamentos que rechazan el cambio en su sociedad musulmana (Muñoz, 2007).

Esta realidad ha determinado, por muchos años, la construcción de género y, por consiguiente, el control y la movilidad social. Las mujeres han carecido de reconocimiento jurídico y se han considerado inferiores a los hombres:

El nacimiento de una niña no se celebra con los signos festivos que acompañan el nacimiento de un varón. Los hombres cuando se enteran de que en una familia ha nacido un varón van corriendo al marido, le rasgan las vestiduras por completo en señal de regocijo y alegría extrema y con palabras como estas exclaman: ¡Enhorabuena una niña no vale nada pero un hijo hace una nación! [...] Mujeres que desde la cuna comienzan a ser y a sentirse diferentes por el hecho de haber nacido niñas y no haber “tenido la suerte” de haber nacido niños. Desde la misma concepción se sueña, se desea, se espera a un hijo, tanto por parte de la madre, como por parte del padre, incluso de la familia. (Monjas, 2001, p. 151)

Las relaciones entre las familias y sus mujeres se ven forzadas al acceso o no a ideas occidentales, al cuidado y seguimiento de las leyes religiosas, incluido el valor que tienen según su edad y su condición socioeconómica. Para la mayoría de los árabes musulmanes, el hogar es considerado como una unidad, un modelo en el que se mantiene la identidad religiosa y, por consiguiente, nacional. Son

tan fuertes estas consideraciones anteriores que, por ejemplo en Jordania, los intentos por mejorar la situación de las mujeres promovidos por la monarquía se han topado la mayoría de las veces con el llamado “patrilineaje”, el patriarcado y la identidad política de las grandes familias jordanas que ven en estas mejoras una amenaza para la moral y el honor de sus sociedades (Yusuf, 2008).

Con el fin de considerar que la manera de vivir de las personas varía dentro de cada cultura –y más si se mueve bajo el contexto musulmán–, definitivamente las costumbres y prácticas son tan poderosas, que atraen una carga de dominio casi igual que las leyes que dicta una nación. Es por eso, que muchas mujeres árabes han comprendido sus espacios de identidad desde la idea de “mujer musulmana”, entendiendo su relación con los otros, su labor en la familia y el lugar que ocupan desde el islam. Las mujeres árabes han sido criadas en un mundo “hecho por hombres”, donde el deber de ellos es ser su tutor y protegerlas, eso incluye resguardarlas de otros hombres diferentes a los de la familia, salvaguardar su pureza e impedir que sean una tentación para otros. Lo paradójico es que, en muchos hogares, son las mismas mujeres las encargadas de la reproducción del modelo social de generación en generación, como una manera de mantener la tradición, por miedo al cambio o, incluso, por no conocer otro camino para el desarrollo de sus vidas. Por eso, en la mayoría de casos educan a sus hijos e hijas para que esas diferencias se sigan manteniendo:

Desde la infancia, en las familias más tradicionales, a las niñas y niños se les otorgan cuidados diferentes. El trato que madre, abuela, tías... le confieren a sus niños varones goza de más mimos. En cierta forma, la inversión que los padres hagan en esfuerzos, tiempo, dinero, educación... hacia sus hijos varones se verá recompensada en un futuro en su familia. En cambio, los esfuerzos que dediquen a la educación de la niña darán su fruto en la familia del futuro esposo de esta, ya que tradicionalmente cuando la mujer se casa se incorpora a la familia de su marido. (Terrón, 2012, p. 242)

En algunas tribus antiguas locales de Arabia Saudita, las mujeres eran las encargadas de acompañar el cuidado de la mujer gestante y, por consiguiente, apoyar el parto entre hierbas medicinales y cantos. Las ancianas no autorizaban la presencia de los hombres ni su preocupación por la llegada del hijo, asignando esta tarea exclusivamente a las mujeres de la tribu, acciones que muestran cómo hombres y mujeres han construido desde tiempos remotos la distribución de los roles y el significado de género. Otro ejemplo son las ciudades de este país donde las familias extensas permiten que las esposas vivan con una amplia

comunidad femenina de hermanas y primas para disfrutar de las bondades y los privilegios económicos de las casas, sin embargo, deben asumir el dominio machista de la suegra (Varga, 1999).

La educación patriarcal de la mayoría de árabes musulmanes y, principalmente, de las familias tradicionales, ha coartado la libre elección de muchas mujeres limitándoles su espacio al ámbito privado. Sin embargo, también se ha expuesto que la tradición islámica está para el cuidado de la mujer y no para la violencia de género (Fernández, 2011), lo que permite afirmar que los juicios calificativos no pueden ser genéricos, ya que cada mujer atiende a una situación diferente y desempeña un papel específico dentro de su familia:

En los países musulmanes más tradicionalistas, como es el caso de Arabia Saudita, la mujer se encuentra en situación de sometimiento al varón y reducida por completo al espacio privado. Pero en otros países también musulmanes y árabes como Egipto, Túnez y Bahrein, las mujeres han accedido a la esfera pública incorporándose al mundo del trabajo, de las ciencias y de la política, ocupando incluso los más altos cargos como ocurre con las mujeres occidentales. (Terrón, 2012, p. 238)

Es también importante considerar que debido al hecho de que la población musulmana se caracteriza precisamente por una gran diversidad en sus grupos y prácticas culturales, el rol de la mujer árabe musulmana ha logrado ser visible en las esferas públicas de sus países. Y aunque este texto se centra en estudiar ese gran número de mujeres que deben luchar desde su recinto privado, existe la presencia de mujeres y tipos de movimientos que se han generado fuera del espacio doméstico y cuya lucha está vertebrada en torno a los principios y valores de sus derechos y la justicia social. Una lectura renovada sobre la igualdad y una manera de cambiar las prácticas patriarcales.

Túnez sigue siendo un modelo entre los Estados árabes en términos de empoderamiento femenino. En tierras rurales, aún se ve cómo las mujeres campesinas continúan con la práctica de la recolecta de agua en sus enormes cántaros de barro, esto porque en la aldea la migración de los hombres a la ciudad determinó que las esposas asumieran mayores responsabilidades en relación con la familia y tuvieran que adoptar más decisiones, que antes habían quedado en manos del marido. Además, son las encargadas del arduo trabajo de la siembra en la agricultura local, oficio que se les ha asignado porque los hombres suelen rechazar este trabajo por ser considerado penoso y propio de mujeres. La gran cantidad de influencia femenina en los campos de frutas y verduras; el hecho de compartir la misma miseria, injusticia y problemas

dentro de sus hogares, sumado a la falta de educación y condiciones de vida dignas para sus hijos, han hecho que las tunecinas tengan tiempo suficiente para conocerse y dialogar (Montoro, 1992).

Mabrouka Gasmi, activista social de Túnez (2014), comparte cómo después del trabajo, cuidarse entre ellas para sanar las heridas de sus manos e incluso de su alma, las convirtió en mujeres fuertes. Amarrarse los trapos de la cabeza entre las caderas y las piernas para improvisar movimientos corporales y cantos con tambora, en los que se burlan de sus maridos, y contar las anécdotas del día, las ha hecho mirarse entre mujeres y descubrir el poder que tienen al ser las únicas que trabajan en el campo. En algún momento, uno de sus sistemas fue rehusarse a traer el agua de la fuente, a trabajar en la siembra y a cocinar en casa, para despertar el interés patriarcal de los hombres y, a partir de la necesidad de estos de que volvieran a sus oficios, lograron mejorar un poco sus condiciones de vida, principalmente el acceso a la educación de sus hijos, incluso mejorando carreteras de la aldea. Aunque el resultado solo fue un paso hacia el cambio, y muchas fueron amenazadas dentro de sus hogares, ellas comprendieron que tienen poder y fuerza cuando trabajaban juntas, saben que otros pueden ceder y escucharlas. Por ahora, siguen reuniéndose felices porque sienten que han ganado una batalla.

En otros lugares, con la idea de los encuentros entre mujeres, el rol en casa ha conseguido nuevas tareas: la celebración de los compromisos matrimoniales, el té por la tarde e incluso los oficios del hogar se instauraron en una dinámica que atrajo goce entre las mujeres. La ausencia de libertad les dio el ingenio para sobrellevar la carga de su género y, en la relación con las otras, perder la vergüenza a descubrirse y exteriorizar sus historias. Como lo expone Juliano (1989), las mujeres han sabido revertir sus ámbitos de “obligaciones” para transformarlos en ámbitos festivos, entendidos como los lugares de encuentro, comunicación y algazara. Cabe notar que, a través de los encuentros entre mujeres, se crean dinámicas de identificación, reconocimiento y distinción en la vida cotidiana.

Por último, y como lo expone Ruiz (1985), la segregación de la mujer ha debilitado mucho a la sociedad; el hecho de estar excluidas de varias decisiones y restringir su rol público, ha generado que su comunicación y manifestación dentro de casa adquieran un poder particular, el cual vincula a otras mujeres, no solo de su hogar, sino de otras familias, para construir lazos de amistad que han logrado un sistema que podría ser parte del denominado empoderamiento femenino.

LA MUJER ÁRABE-MUSULMANA QUE BAILA

La tradición generacional de la danza en la mayoría de países árabes se ha caracterizado por la ausencia de tratados que la estudien, por lo que resulta sumamente complejo trazar fronteras y delimitar las rutas de su origen y evolución. Sin embargo, se sabe que antes de que el islam entrara en curso, las mujeres eran las encargadas de transmitir el arte del movimiento a todas las generaciones. Por su parte, las tribus beduinas y las comunidades nómadas eran amantes del canto y la danza. Atraídos por los golpes musicales de los instrumentos de percusión, los versos improvisados de las mujeres y los aromas que guardaban los festejos, se incitaban a hombres y mujeres a disfrutar del baile sin formalidad, únicamente en la intimidad y familiaridad del entorno:

No obstante, en las tribus beduinas y haciéndose eco de su importancia y existencia, esparcen en sus versos delicadas imágenes y metáforas que describen la belleza de los rostros, la flexibilidad corporal de los danzarines (hombres y mujeres), la delicadeza y sensualidad de sus bailes, así como la riqueza y el colorido de los trajes y aderezos. (Cortés, 2007, p. 24)

Existían pueblos que tenían un tipo de organización social matriarcal y consideraban que el baile los conectaba directamente con la tierra y los dioses de la fertilidad. La danza era practicada en mayor medida por mujeres, y consistía en un acontecimiento ritual. En la antigüedad, las mujeres, principalmente de las tribus de la zona del Magreb, disfrutaban de mucha libertad y les correspondía la potestad marital: “El estatus de la mujer árabe antes del islam tenía un grado relativamente elevado que no era comparable con muchas de las sociedades antiguas. Su posición social y su capacidad de actuación eran en realidad más elevadas de lo que se podría pensar” (Sayyah, 2007, p. 91).

Con la llegada del islam, la danza perdió su importancia y relevancia en la sociedad árabe. En la música, los cantos de las esclavas en los palacios fueron mal vistos y solo se aprobaba la recitación del Corán. Ahora, para los musulmanes, el arte es una inspiración que viene de lo superior, de las enseñanzas de los profetas y puede manifestarse en la arquitectura, la caligrafía y la pintura. Nace para expresar la religiosidad y enaltecer la belleza de Dios:

Una actividad profundamente venerada es la copia del Corán, porque está hecha al servicio de Dios. De ahí que el arte del libro (caligrafía, encuadernación y adornos) siempre se ha tenido en la más alta estima dentro del mundo islámico.

Por ello, las escuelas de escribanos se encuentran frecuentemente junto a las mezquitas. (Pérez, 2005, p. 4)

Uno de los aspectos cruciales que adoptaron los hombres con el islam y su relación con la cultura fue condicionar las acciones por “el qué dirán”. Como lo expone Terrón (2012), las técnicas de crianza hacia las mujeres se centraron en el fomento de la vergüenza y en los códigos de comportamiento en la esfera pública, como se mencionó anteriormente. Qué usar, cómo mirar, cuándo hablar y qué hacer dirigieron la atención hacia los movimientos del cuerpo y la conducta sexual. El síndrome honor-vergüenza y el cuerpo como aspecto relativo a la sexualidad se instauró en el pensamiento de los musulmanes. La danza fue minimizada, puesta en privado e incluso prohibida para muchas mujeres por deshonrar a las familias. A este problema se le sumó que las mujeres árabes han estado sometidas a un orden jurídico y social discriminatorio e injusto.

La identidad del islam se hizo tan fuerte que las mujeres, antes que sentirse marroquíes, egipcias o palestinas, debían sentirse musulmanas, a causa de la interpretación androcentrista de los escritos y la tradición religiosa. La adaptabilidad del Corán al tiempo y al espacio se debió al carácter polifacético de este texto sagrado que hasta el día de hoy, no solo instituye un nuevo credo religioso, sino que también legisla y reglamenta las relaciones públicas y privadas de la sociedad musulmana (Alonso, 2004). Desde entonces, el movimiento a través de la danza no se concibe como un arte dentro del islam, pero sí puede ser parte de la práctica de ejercicios aeróbicos que se aprueban como deporte dentro de la religión y que se enseñan solamente de mujer a mujeres y de hombre a hombres, como un sistema de cuidado y atención a la salud.

Una de las cosas que se logró sostener en Palestina a pesar de la fuerte influencia de la región en el arte fue la *Hekaye*. Una linda tradición narrada por mujeres a otras mujeres y a los niños que presenta a menudo una visión crítica de la sociedad desde una perspectiva femenina. Prácticamente todas las mujeres palestinas mayores de setenta años son narradoras de la *Hekaye* y son ellas, precisamente, las que perpetúan principalmente la tradición. Sin embargo, no es raro que las niñas y los niños se cuenten entre sí estos relatos para practicar o por puro placer (Unesco, 2003).

Lo que resulta interesante es que para las mujeres la interpretación de sus realidades es precisamente un ejercicio ocurrente, principalmente del baile improvisado y las risas, en el cual, por medio de trajes coloridos y adornos extravagantes se entiende un lenguaje común de alegría, ritmo y movimiento. Basta que se miren entre ellas para que de alguna manera recuerden que

pueden prescindir de las palabras pero no de la danza, pues es una actividad de su propio ser, de su sentir femenino. Sin embargo, algunas todavía temen enfrentarse a sus familias, y optan por dejar todo el despliegue de ingenio y explosión de ideas solo entre ellas, antes de volver a su rol asignado por el sistema patriarcal. Las joyas y los vestidos, la música y las historias quedan, de alguna manera, en las habitaciones de casa, mientras al caer la noche visten su cuerpo, cubren su cabello, ocultan su rostro y ocupan su lugar en lo privado del hogar.

La mayor característica desarrollada en los encuentros dancísticos femeninos ha sido el liderazgo transformacional. Un fenómeno definido como el causante de cambios en los comportamientos de las mujeres y que puede aportar a los sistemas sociales. Este crea un cambio positivo y valioso en las mujeres con el objetivo final de transformarlas en futuras líderes. Su proceso radica en la capacidad de activar un sentido de identidad colectiva y la identificación total con una misión concreta a través del movimiento físico.

Las mujeres creen en el liderazgo transformacional, ya que son emocionalmente más inteligentes, empáticas y dispuestas a experimentar en mayor medida que el hombre. Por medio del movimiento como sistema transformador, las mujeres árabes han demostrado excelentes habilidades de comunicación a lo largo de la historia, así como en el momento actual. En definitiva, la inteligencia social de las mujeres árabes las hace más inclusivas y más propensas a favorecer la participación de las demás. (Jazmati, 2017, p. 3)

Entre los ideales más importantes de la mayoría de las mujeres árabes musulmanas está el lograr que en sus hogares se desarrollen herramientas de inclusión para ellas y otras mujeres de la familia. Cuando danzan juntas se sienten más fuertes, con capacidad de desempeñar un papel fundamental en la sociedad, creen en el potencial del encuentro femenino para mostrar el poder de la mujer y para construir puentes con otras. Asimismo, la respuesta a los encuentros entre mujeres es la modificación de la conducta que logra transformar realidades en las tareas asignadas al rol femenino: saber que cuentan con mujeres en su misma situación, soñar con el cambio de actitudes en los otros y pensar en el apoyo de más mujeres, aumenta la frecuencia de los encuentros femeninos. Hay que advertir que, en algunos casos, los resultados no han sido positivos, lo que ha aumentado la desigualdad sexual y la rigurosidad en el manejo de su condición bajo la vida cotidiana regulada y el adoctrinamiento.

Por último, al aceptar que el rol de la mujer adopta diferentes vertientes y oportunidades de modernización, indiscutiblemente la mayoría de ellas se

mueve dentro de patrones que engloban un sistema de vida principalmente dedicado a su larga permanencia dentro del hogar o al cuidado de los miembros de la casa. Por ejemplo, a las chicas jóvenes egipcias se les han abierto las oportunidades para realizar nuevos contactos a través de la educación y el corto pero progresivo ascenso económico; aunque a la vez sienten la presión y el control de los patriarcados familiares que limitan la elección libre de sus decisiones (Davis, 2008). Por eso, la falta de libertad, o la libertad controlada, ha gestado una nueva manera de relación que justamente ha creado una “pequeña sociedad” donde el amor, la ayuda mutua y la solidaridad entre ellas, e incluso en contra de las acciones de muchos hombres, o de los sistemas patriarcales, se están desarrollado hasta el día de hoy en el interior de los hogares.

CONSIDERACIONES SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO

En el islam y la mayoría de países árabes, el discurso en torno a la danza femenina en el espacio público (incluso para algunos en el espacio privado) se asemeja a la prostitución y a los mercados sexuales y eróticos por tratarse, primero, de un imaginario colectivo sobre la exhibición del cuerpo, y segundo, por ser presenciado por otros, principalmente hombres que no hacen parte del círculo social familiar. La actriz marroquí Loubna Abinar en Marruecos (García y Echezarreta, 2018) ha explicado que bailar en público y la prostitución van de la mano, no hay posibilidad de que ellas se reconcilien con su cuerpo porque las llaman vendidas:

La masculinidad se defendía por controlar los movimientos de las mujeres y, en consecuencia, lo que los cuerpos de las mujeres, sin supervisión podían generar: el caos social. Había que limitar las interacciones entre los hombres y mujeres, la presencia pública de estas desestabilizaba la sociedad egipcia y era responsabilidad de cada hombre mantener el orden en su familia y comunidad. (Bracco, 2016, p. 87)

Al día de hoy, las mujeres siguen relatando su falta de libertad social como un sistema que les ofrece seguridad, al mismo tiempo que les impide completar sus sueños (Burgueño, 2016). Por ejemplo, en Kuwait, las mujeres son parte involucrada de la fuerza laboral, pero pocas pueden trabajar fuera del hogar. Aquellas mujeres que lo hacen, a menudo trabajan en los servicios sociales, en puestos de oficina, como maestras o entrenadores de algún deporte. Ámbitos locales que les corresponden en sus comunidades, pero en los cuales solo se aceptan sus opiniones en pequeños asuntos y se dificulta la intervención en

el reclamo de sus derechos como mujeres, o en temas mucho más personales e importantes.

En Bahreín se han presentado también algunos avances, cuando su Gobierno comenzó a aceptar una mínima participación política femenina en cada una de las ramas del poder (Tobar, 2016). Como resultado, se redujeron los niveles de violencia de género, y se logró un impacto directo en los derechos de su sociedad. Como este ejemplo, existen mujeres árabe-musulmanas que han adquirido libertad de decisión y participación pública. Sin embargo, los esfuerzos no son suficientes para abarcar al gran número de mujeres que no han podido irrumpir en los espacios públicos con voz propia:

Nahaleh Naraghi, una joven empresaria y amante de la danza dice que la mayoría de las mujeres no tienen aún un papel activo en la sociedad porque no se han producido grandes cambios, debido a que ha pasado poco tiempo. Es cierto que tenemos más mujeres que hombres en las universidades, pero también es cierto que cuando salen de las universidades las mujeres no consiguen buenos trabajos. (Ruiz, 1985, p. 9)

En Emiratos Árabes se han habilitado pequeños espacios para la transmisión del canto y el baile, no solo en las celebraciones más importantes, sino también para los cientos de turistas que llegan a sus islas. Para las chicas más jóvenes hay oportunidad de bailar cuando, sin mirar a los espectadores, con una pequeña máscara en sus ojos, sentadas en el suelo, balanceando sus largos cabellos negros y meciendo sus cuerpos al ritmo de la música al fondo de los espacios, acompañan a los hombres que se encuentran en primer plano recreando batallas o expediciones de caza exitosas, a menudo simbólicamente, usando palos, espadas o rifles.

Pero en un país como Arabia Saudita, que representa el 80 % de la península arábiga, el tema se hace más complejo, su entorno cultural es altamente conservador y las representaciones culturales son escasas. Su versión del islam afecta las prácticas tradicionales y folclóricas incluso para los hombres en su libertad de expresión, lo que lleva a que las mujeres tengan una restricción total en lo público, e incluso para algunas también en lo privado. El debate es el mismo, sus vidas siguen determinadas por las experiencias de los hombres y por el largo conflicto de género.

En otras regiones, también sigue siendo imposible ocupar el espacio público, por ello algunas mujeres han sido tan ingeniosas al contemplar la posibilidad de imitar los movimientos dancísticos de los hombres en sus reuniones sociales,

buscando entender su vínculo con el espacio público, empoderando su ser desde la burla y la imitación. Por ejemplo, al-Fareesa es una danza realizada por mujeres disfrazadas de hombres en determinadas fiestas nacionales y religiosas. La danza se realiza como una batalla entre un caballero y dos atacantes, es una danza muy común entre las mujeres de la península arábiga que se realiza en sus fiestas tradicionales, con bigotes falsos y espadas de juguete.

Una vez más, cabe anotar que la ausencia de las mujeres en el plano público tiene que ver mucho con la disposición de los roles de género y el cambio se debe hacer desde los hogares. Los hombres no solo están ocupando lugares importantes desde el ejercicio del poder como la política, la economía y la ciencia, entre otros, sino que también son poseedores de la algarabía, la música y la danza al exterior del hogar. Por eso, se necesitan más mujeres como las campesinas tunecinas mencionadas en el primer apartado de este texto, para que los espacios de ocupación no sean débiles y se puedan enfrentar a los miedos de una sociedad anclada en el patriarcado, que teme por sus valores tradicionales.

Por otro lado, vale la pena mencionar el capítulo 3 de este libro, “Egipto: de la casa a la revolución y de la revolución a la casa. La ‘cuestión de la mujer’ en un siglo nacionalista”, porque aporta elementos importantes para esta discusión, al argumentar la experiencia histórica de la “vieja mujer”, donde el factor de clase era el más significativo. Muestra cómo el espacio público era muy bien llevado por las mujeres egipcias de élite, que a pesar de su reclusión eran muy activas en la vida social, cultural y económica. Visitaban familiares y amigos, iban a los *hammams*, tenían derecho a la herencia y a la propiedad y, a través de estos derechos, ejercían influencia en los asuntos públicos. Además, las campesinas y las mujeres de las clases más bajas urbanas también eran activas en el campo y en el comercio. Infortunadamente, con la expansión del Estado, el ingreso del modo de producción capitalista, y la creación del espacio doméstico, la vida de unas y otras cambió drásticamente, lo que obstaculizó su acceso a los asuntos públicos.

Finalmente, la danza no tiene mucho sitio en la historia cultural musulmana, por consiguiente, en la mayoría de países árabes se han cerrado las puertas al disfrute de esta expresión en público, un espacio que sigue reservado solo para los hombres. A todo lo anterior se suma la popularización del conocido *BellyDance* o Danza del Vientre, en la que las secuelas, los escándalos y las historias tejidas alrededor de sus fantasías y conductas sexuales ha “reprimido” a las mujeres en los espacios públicos. No es una opción tan frecuente para las mujeres árabes musulmanas disfrutar de la libertad del espacio público, no es correcto que exhiban su cuerpo en movimiento, por consiguiente, no es

bueno para el prestigio de la familia. Por eso, comportarse con decoro cuando se expone a la mirada del observador hace parte de la normativa, los principios y las pautas de buena conducta.

LAS NIÑAS QUE OCUPAN EL ESPACIO PÚBLICO

Marruecos es un país con una cultura musical y dancística muy viva y rica. En ella se combinan a la perfección lo tradicional y lo moderno, lo autóctono y lo extranjero, lo sagrado y lo profano, lo escrito y lo oral. La situación geográfica de Marruecos favorece, a su vez, esta riqueza y diversidad. Su ubicación en un punto estratégico de cruce entre África y Europa incrementa sus posibilidades de absorción de gran cantidad de las influencias de estos dos continentes, lo cual da lugar a muchos sincretismos y a mezclas muy interesantes (Centro Mohamed VI para el Diálogo de Civilizaciones, 2010). El resultado es una variedad de riquezas culturales magníficas, que van desde la música hasta la artesanía. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la diversidad cultural de Marruecos también ha provocado crecientes tensiones entre su población conservadora y liberal, y entre las minorías étnicas y religiosas, por ser cuna de influencia cosmopolita.

Entre sus danzas más importantes se encuentra el *shaabi* (popular, en árabe), un tipo de baile muy alegre y sencillo, en el que las mujeres reunidas en círculo mueven sus caderas de manera redonda mientras baten un pañuelo de lentejuelas de colores. En su música espontánea toman elementos árabes con fusiones modernas, por eso algunas suelen llamarlo el “reguetón marroquí”. Su baile predomina en las bodas y fiestas; esta música es escuchada en los programas de televisión y en las estaciones de radio. Una de las características más relevantes del *shaabi* y muy propia de la danza es el gesto corporal convertido en significado: *mirar, mirarse y ser mirado*, que a su vez abre espacio en el observador a una lectura propositiva desde su experiencia y memoria de vida (Sedano, 2016).

A diferencia de la mujer adulta, las niñas árabes musulmanas menores de 12 años, y antes de considerarse púberes, pueden participar de actividades escolares que personifiquen por medio del baile las historias antiguas o celebraciones nacionales de su país; como también, obras de teatro en las que se representen formas de vivir establecidas por el Corán. Sin embargo, es indiscutible que los códigos religiosos son considerados y están presentes en las relaciones niño-niña desde temprana edad. Por eso, las niñas marroquíes tienen muy clara la negociación de las miradas entre ellas mismas e incluso cuando

se exponen a la mirada masculina. Las niñas entienden desde muy temprana edad que se encuentran atrapadas en un sistema sociopolítico y religioso que no ofrece oportunidades suficientes para adecuarse al espacio público. Aunque saben también que cuando sean mujeres adultas pueden, dentro de su esfera privada, convertirse en activistas de su realidad y posiblemente entrar a la esfera pública, como algunas lo han logrado.

Ahora bien, cuando las niñas marroquíes bailan un *shaabi* en clase, todos los problemas en torno a la danza: secuencias de pasos, elección de música o vestuario, no son relevantes en ellas; en cambio, los observadores se convierten en su mayor problema. Las miradas no son inocentes ni carecen de efectos sociales, son las niñas las que intentan protegerse de las miradas de los chicos y no viceversa: en este caso se acentúa la posibilidad de reafirmar que las miradas tienen género y construyen género (Sedano, 2016). Además, es aquí donde el cuerpo se convierte en un tema importante por el que la danza debe ocuparse, ayudarlo a construir un nuevo significado a través de un orden simbólico en el que se logre naturalizar el rol de la mujer árabe en el mismo:

Las niñas marroquíes ocupan la mayor parte de las primeras filas. Algunas de ellas llevan pañuelo y chilaba. Comienzan las explicaciones de los movimientos. Las niñas marroquíes los siguen bastante bien y me sonríen mucho. A veces les dan vergüenza los ejercicios. Cuando repiten los movimientos les voy diciendo cuándo les sale bien. Las niñas marroquíes reciben muchas miradas porque todo les sale bastante bien. En los momentos que no les estoy dando instrucciones (por ejemplo, cuando estoy buscando la música) las niñas marroquíes empiezan a bailar entre ellas sin que nadie las vea. (Sedano, 2016, p. 75)

El hogar para ellas y para muchas mujeres de otros países árabes seguirá siendo el espacio más cómodo para bailar y el testimonio de sus negociaciones e historia. Aunque tienen claro que son admiradas por ser grandes artistas del tejido de alfombras, la confección textil, los tatuajes corporales y la decoración de cara, bailar en frente de la sociedad puede a veces ser deleznable, aunque a la mayoría de mujeres les guste bailar en casa y sean virtuosas en sus tareas.

LAS MUJERES DE IRAK SIN PREJUICIOS SOCIALES

Existen entre los árabes grupos étnicos nómadas, errantes y de espíritu libre, se estima que algunos proceden de la zona intermedia entre Egipto y Etiopía, y aunque la única certeza de sus orígenes está en la cuna oriental, por su contenido

simbólico, su historia yace en las fantásticas leyendas de todos los países por donde pasaban (Camacho, 1997). En Bagdad, al sur de Irak, se encuentra una población de origen nómada que se denomina *kawleeya* (en lengua gitana romaní significa herrero), y su fuerza cultural radica en la música y la danza, una influencia acentuada en las raíces de lo folclórico del país. Sin embargo, la sabiduría ancestral que emana de sus cuerpos a través del movimiento ha sido puesta fuera de los espacios públicos, calificándola como práctica pagana, materialista y lejos de lo que refleja la cultura iraquí. Por consiguiente, la mayoría de sus mujeres convive con las doctrinas del islam sin adoptarlas por completo.

En una gran parte de Irak, las mujeres de las comunidades nómadas minoritarias suelen estar subrepresentadas en el arte y la cultura. Actualmente, hay dos frentes que han impedido el desarrollo de las prácticas dancísticas de la *Kawleeya*, por descender de gitanos, para muchos de sangre “impura”. Como lo explica Assala Ibrahim (Vesci, 2012), bailarina y líder permanente por los derechos de la comunidad de bailarines de Irak, el primer obstáculo al que se enfrenta la resistencia de la danza en Irak es la persecución de las mujeres que bailan en público, acusadas de moverse demasiado sensual y vulgar. Sin embargo, explica también Ibrahim, para el entendimiento de bailarinas como ella, su miedo ya no son las miradas justicieras de los otros, principalmente de los hombres, su preocupación es que su historia ancestral, cultural y artística quede en el olvido. Ellas bailan para contar la crisis de derechos humanos que marca sus vidas, por eso su danza no se detiene, porque a través de sus movimientos encuentran nuevas expresiones a su historia:

Por cierto, el *kawleeya* es el único grupo étnico que ha sido forzado a esconder sus propias tradiciones y su forma de vida, al punto de llevarlos a los límites de la pérdida de su propia identidad. Las nuevas generaciones conocen muy poco acerca de su pasado. Hay muy poca información sobre su historia debido a que no tienen escritura. (Vesci, 2012, p. 3)

Su danza se describe como algo fuerte, apasionado y visceral. Se baila en grupos, principalmente de mujeres, con grandes movimientos de cadera, arrebatadas y agitadas vibraciones de pecho y excesivos impulsos de cabello que dan la impresión de cuerpos que se van a “romper”. Entre sus variaciones se encuentra la danza con dagas (*kanjar*), que suele interpretarse simulando apuñalarse al compás de los agitados sonidos de la percusión. Las figuras en el piso no pueden faltar, estas exhiben sus largas cabelleras y entran en una especie de “trance”, espontáneo y holístico.

Ahora bien, el segundo frente que precisamente no yace en la cotidianidad de Irak sino en las exigencias publicitarias y de *marketing* mundial, es la visión de una danza aislada de elementos propios de su raíz, asociada, como lo expone, Vesci en su texto *Assala Ibrahim y la danza Kawleeya* (2012), a varios aspectos culturales oscuros. Una promoción que da lugar al surgimiento de formas de presentación de las artes del espectáculo adulteradas para el mercado turístico, con un efecto deformante de la identidad de las tradiciones de quienes las bailan. En una sociedad globalizada, donde se ponen en contacto por primera vez culturas, tradiciones, valores y visiones diferentes, aún quedan danzas como la *kawleeya*, relegadas, alejadas del enfoque transformador de realidad y que silencian el proceso cultural al que invita el lenguaje del movimiento:

La única forma de observar esta danza es a través de videos comerciales en los que muchas bailarinas orientales, sin ningún respeto a las raíces de este arte gitano, solo se acoplan a las exigencias publicitarias o del marketing. Por tanto, ahora mismo se observa de forma alarmante como se está desvirtuando la danza hasta alejarse de su raíz tanto en la forma como en el fondo. (Vesci, 2012, p. 2)

Al día de hoy, las mujeres de la comunidad de danzantes que viven en Irak tratan de mantener vivas sus tradiciones dancísticas, alejadas de los prejuicios sociales y comprometidas con su país, aunque los principios cultura y religión les limiten la participación en los espacios públicos. Un caso más de cómo se enfrentan a diario a comunidades con mentalidades conservadoras que impiden que las mujeres alcancen su puesto de poder y restringen su actividad al hogar.

ANOTACIONES CRÍTICAS

1. Las comunidades árabes musulmanas aún están en un proceso de transformación profunda que aporte a la mejora de los sistemas de derecho, principalmente para las mujeres, garantizando calidad en el nivel socioeconómico de la familia. Todo esto llevará a que las mujeres accedan cada vez más al espacio público y, de igual manera, transformen las fronteras del espacio privado.

2. Sobrellevar las dolencias de muchas mujeres en la historia del mundo árabe permite creer que los esfuerzos para levantar el lugar femenino desde el movimiento dancístico podría dejar a un lado la colonización del cuerpo y el espacio que debe ocupar, basado en parámetros religiosos e incluso estigmas sociales. Los efectos de la dominación llevan al cuerpo a una construcción no positiva de su realidad y a la ausencia de la emanación de su movimiento

creativo. Sin embargo, cabe resaltar que en todo instante los ideales femeninos se mueven en sintonía con la búsqueda de su propio descubrir que parece ser fuente de libertad, incluso en los espacios que pueden algunas llamar la cárcel-recinto.

3. En la mayoría de países árabes se convive con la idea de que la labor fundamental de las mujeres se desarrolla a través del cuidado del hogar, esto implica su dedicación a la vida privada y no pública, lo que la reduce a un sistema de valores que favorece solo a los hombres. Esta visión limitada no es solo culpa de las normas de comportamiento religioso, sino de los propios hombres y mujeres que transmiten –a través de la educación– a las generaciones el estado de inferioridad y desigualdad civil.

4. La posibilidad de que mujeres se puedan reunir y por medio de la espontaneidad del arte puedan exponer los puntos de vista que conviven entre las madres, tías y abuelas, entre otras, permite empoderar su libertad humana y el respeto a la decisión de sus conductas. Las historias citadas en este texto, como las caminatas de mujeres tunecinas que han convertido la recolecta del agua y sus trabajos en el campo en un lenguaje artístico, son un claro ejemplo de cómo sus cantos y movimientos dancísticos hablan de la inconformidad de sus vidas, y aportan al tejido social de los árabes, enriquecen la estructura familiar y transforman la situación de la mujer árabe musulmana (Montoro, 1992).

5. La lucha por la igualdad entre hombres y mujeres dentro del mundo árabe ha hecho que se examinen caminos alternos que detengan las desventajas y las rutinarias leyes que advierte la persistencia en la brecha trazada entre los géneros y que fomentan las acciones discriminatorias, principalmente hacia el empoderamiento femenino. La mujer árabe no necesita seguir siendo vista como una víctima social, su rol en el hogar puede capacitar su voz y su visibilización, y aunque el código de la familia sigue instaurado en la doctrina religiosa, es posible el diálogo de quienes con las transiciones de las culturas y la búsqueda de la modernización de las vidas defienden el cambio en las condiciones de género.

CONCLUSIONES

Con la aceleración en la transformación sociocultural que están enfrentando los países árabes, se espera que los cambios en las estructuras familiares aporten a un autónomo desarrollo de la mujer, liberando el ideal tradicional de sociedad árabe musulmana. Los testimonios demuestran, una vez más, que la mujer musulmana tiene toda la capacidad para consolidar su identidad personal y dar

un paso al exterior de las sociedades en las que habita. La equidad y la justicia para la mujer deben estar basadas en un diálogo universal y humano, desde la tradición familiar, el método islámico y el respeto por el género.

Para facilitar el cambio, indiscutiblemente el pensamiento debe alejarse de la presión social; de esta manera, la mujer musulmana, consciente de los fundamentos islámicos, puede defender sus derechos personales a pesar de las interpretaciones y las opiniones sociales injustas. La atención a las reglas religiosas y culturales no se debe ejercer bajo un sistema de temor o la opción otorgada por otros; tiene que estar sujeta a lo que las mujeres son y desean construir, para su propio bien, el de su familia y el entorno. La música y la danza son esperanza de este cambio, en un simple ejemplo de consciencia y aceptación de la libertad de pensamiento, un trabajo moral activo que conduzca hacia el cambio personal y el de la sociedad.

Por eso, la posibilidad de escribir sobre la mujer a través de la danza es un importante recurso de investigación que aporta a otras disciplinas o intereses investigativos una alternativa de conocimiento. La danza ha sido concebida por muchos años como un objeto observable y disfrutable, y, como se expuso a lo largo de este capítulo, como un mecanismo de rechazo dentro de la esfera pública de los árabes y del propio islam. Es por eso fundamental reconocerla como un tejido de realidades y construcciones sociales de mujeres árabes que ponen en evidencia sus propias condiciones, sus subjetividades, sus inconformidades en encuentros alegres y festivos que son a su vez elementos de atención y desahogo.

Las mujeres, por medio de la danza, son creadoras de lógicas a veces desatendidas en un escenario donde su papel sigue reduciéndose a espacios silenciados e invisibles. Por eso, se espera que la construcción de diálogos que vinculan a hombres y mujeres sea en la voluntad de los pueblos árabes parte fundamental para reivindicar los derechos, la vida cotidiana y el cambio en las normas sociales.

Por último, es interesante creer que en todos los territorios de la región árabe existen mujeres reunidas disfrutando de la danza, el canto y la música en el interior de sus hogares. Aunque los desafíos demográficos para conocer sus historias sean cada vez más fuertes, son oportunidades para cada comunidad independiente. El resultado de cualquier manifestación que sea diferente al sistema de costumbre dentro de su rol puede atender a las restricciones de la libertad de manera espontánea y sincera, además, puede ser evaluador de la lógica de valores religiosos y sociales de la zona.

REFERENCIAS

- ALONSO, N. (2004). *El feminismo árabe y su lucha por los derechos de la mujer*. Madrid: Editorial Universidad Autónoma de Madrid. Recuperado de http://www.encuentros-multidisciplinares.org/Revistan%C2%BA46/Nieves_Paradela.pdf
- BÁEZ, F. (2004). *La destrucción cultural de Irak: un testimonio de posguerra*. Barcelona: Flor del Viento Ediciones.
- BRACCO, M. C. (2016). *Espacio público y mujeres en Egipto. Un recorrido por la imagen e imaginario social de las bailarinas*. Granada: Editorial Universidad de Granada. Recuperado de <http://digibug.ugr.es/handle/10481/40803>
- BURGUEÑO, N. (2016). *Danza y género / posibles miradas*. Montevideo: Editorial Universidad de la República Oriental del Uruguay. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/telondefondo/article/view/3148>
- CAMACHO, S. C. (1997). Nos acercamos a una cultura: los gitanos. *Unidad didáctica* 2, pp. 1-22. Recuperado de http://www.gitanos.org/publicaciones/tolerancia/pdf/10_loos%2ogitanos.pdf.
- Centro Mohammed VI para el Diálogo de Civilizaciones (2010). Aspectos de cultura marroquí moderna: música y colores (Vol. 2). Coquimbo: Embajada del Reino de Marruecos.
- CORTÉS, M. (2007). *Poesía, música y danza en la Granada musulmana y morisca* (Vol. 38, pp. 9-33). Granada: Editorial de la Universidad de Granada. Recuperado de https://www.academia.edu/12243968/_Poes%C3%ADA_m%C3%BASICA_y_danza_en_la_Granada_musulmana_y_morisca_en_Cuadernos_de_Arte_de_la_Universidad_de_Granada_2008_9-33
- DALLAL, A. (2013). *Los elementos de la danza*. Ciudad de México: Editorial de la Universidad Nacional Autónoma de México. Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.
- DAVIS, R. (2008). *Tradición y modernidad. Culturas* (Revista digital). Fundación Tres Culturas. Recuperado de <http://revistaculturas.org/tradicion-y-modernidad/>
- ESTEBAN, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- FERNÁNDEZ, G. O. (2011). La mujer en el islam: una aproximación. *El Futuro del Pasado: revista electrónica de historia*. Recuperado de <https://publicaciones.unirioja.es/ojs/index.php/brocar/article/view/1606/1503>

- GARCÍA, L. y ECHEZARRETA, V. (2018). El imaginario sociodemográfico de las mujeres en los mercados sexuales y eróticos en la filmografía marroquí. *Revista latina de comunicación social*, 73, 1137-1162. Recuperado de <http://www.revistalatinacs.org/073paper/1300/59es.html>
- GASMI, M. (2014). Derechos de la mujer en Túnez: logros y desafíos. *Temas*, 80, 44-50. Recuperado de http://www.temas.cult.cu/sites/default/files/articulos_academicos_en_pdf/Descargar%20art%C3%ADculo%20en_44.pdf
- JAZMATI, R. (2017). *El liderazgo y la mujer árabe*. Madrid: Centro de Estudios de Oriente Medio. Fundación Promoción Social. Recuperado de https://cemofps.org/documents/download/el_liderazgo_y_la_mujer__rabe.pdf
- JULIANO, M. D. (1989). Las mujeres y el folklore, el laberinto de los mensajes disfrazados. *El futuro del pasado: revista electrónica de historia*, 21(53), 33-42. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=144776>
- MONJAS, H. O. (2001). La voz y la mirada de la mujer musulmana. *Aldaba*, 31, 149-166. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1300672>
- MONTORO, M. R. (1992). *La mujer tunecina en busca de un papel social: la obra literaria de 'arüsiyya al-nälüti*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada. Recuperado de <http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:MgPmE-rp5QkJ:www.meaharabe.com/index.php/meaharabe/article/download/438/432+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=co>
- MUÑOZ, G. M. (2007). *Patriarcado e islam*. Barcelona: Publicaciones Institut Europeu de la Mediterrània IEMed. Recuperado de https://www.iemed.org/publicacions/quaderns/7/e037_Martin.pdf
- PÉREZ, A. (2005). *Arte Islámico*. Sierra de Cádiz: Editorial Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Recuperado de <http://digital.csic.es/bitstream/10261/11590/1/arte-islamico.pdf>
- PÉREZ, C. (2006). *Mujer árabe, cambio social e identidad islámica*. Granada: Editorial Universidad de Granada. Recuperado de https://www.academia.edu/239547/Mujer_%C3%A1rabe_cambio_social_e_identidad_isl%C3%A1mica
- RABAGO, A. (2011). Antropología y danza. *Memorias del XVIII Foro de Estudiantes Latinoamericanos de Antropología y Arqueología*. Quito: Editorial Universitaria Abya-Yala. Recuperado de <https://dspace.ups.edu.ec/bitstream/123456789/11444/1/Natura->

leza%20y%20cultura%20en%20America%20Latina%20Escenario%20para%20un%20modelo%20FELAA.pdf

RAFFO, G. (2015). *La mujer en la danza: ¿evoluciona y cambia? ¿O solo cambia? Una mirada crítica hacia la apreciación del rol femenino en la historia de la danza* (Vol. 24, 1-9). Buenos Aires: Estudio Sahar. Recuperado de <https://www.estudiosahar.com/portfolio/pdf/gabyraffo.pdf>

RODINSON, M. (2005). *Los árabes*. Madrid: Editorial Siglo XXI de España.

RUIZ, A. C. (1985). *El enclaustramiento de la mujer en la sociedad islámica*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada. Recuperado de <https://rodin.uca.es/xmlui/bitstream/handle/10498/10625/17217465.pdf?sequence=1>

SANTIAGO, C. (1997). *Nos acercamos a una cultura: Los Gitanos*. Unidad didáctica 2. Madrid. Recuperado de http://www.gitanos.org/publicaciones/tolerancia/pdf/10_los%20gitanos.pdf

SAYYAH, M. (2007). *El estatus de la mujer en la sociedad árabe-islámica medieval entre Oriente y Occidente*. Granada: Editorial de la Universidad de Granada. Recuperado de <http://o-hera.ugr.es/adrastea.ugr.es/tesisugr/16734154.pdf>

SEDANO, L. (2016). Reguetón típico de Marruecos: formas de afirmación política de las niñas a través del baile. *Cuadernos de trabajo social*, 29, 73-81. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/viewFile/49237/47950>

TERRÓN, M. T. (2012). La mujer en el islam: análisis desde una perspectiva socioeconómica. *El futuro del pasado* (revista electrónica de historia), 3. Recuperado de <http://www.elfuturodelpasado.com/eFdP03/013%2016.pdf>

TOBAR, D. (2016). *El rol de ONU mujeres en el empoderamiento femenino de la sociedad de Arabia Saudita (2011-2015)*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario. Recuperado de <http://repository.urosario.edu.co/bitstream/handle/10336/12866/1019094582-2016.pdf?sequence=1>

TOLOZA, F. G. (2013). *Identidad y danza. Resignificación de elementos de la cultura árabe-musulmana en Argentina contemporánea*. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo.

Unesco (2003). *Los ámbitos de lo inmaterial*. Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores. Recuperado de <https://ich.unesco.org/doc/src/01857-ES.pdf>

VARGAS, C. (1999). *Bellydance y parto*. Recuperado de <http://www.actiweb.es/suhair/archivo4.pdf>

VESCI, L. (2012). Assala Ibrahim y la danza Kawleeya. *Anil-La Revista Digital de Danza Oriental*. Recuperado de <https://www.anildanza.com/assala-ibrahim-danza-kawliya/?cn-reloaded=1>

YUSUF, R. (2008). La situación de las jóvenes: preocupaciones compartidas. *Culturas* (revista digital). Recuperado de <http://revistaculturas.org/la-situacion-de-las-jovenes-preocupacion-compartida/>